

Homilía de Jueves Santo

Año litúrgico 2017 - 2018 - (Ciclo B)

“¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?”

Introducción

Con la misa de la cena del Señor comenzamos el Triduo Pascual. Tres días en los que vamos a conmemorar, paso a paso, los últimos acontecimientos de la vida de Jesús. Hoy centramos nuestra atención en tres grandes mandatos: Eucaristía, Sacerdocio y Amor Fraternal. La Eucaristía es la mesa abierta del Señor en que se sacia el hambre de la humanidad; fuerza sacramental que transforma la vida del mundo. El Sacerdocio nos remite al servicio en beneficio de la comunidad, que alcanza su cumbre en la Eucaristía. El Amor Fraternal es el gran mandato. Porque lo central de este día es experimentar a Dios como amor, e imitarlo amando como Él ama.



Fr. Ángel Luis Fariña Pérez O.P.
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Éxodo 12, 1-8. 11-14

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés y a Aarón en tierra de Egipto: «Este mes será para vosotros el principal de los meses; será para vosotros el primer mes del año. Decid a toda la asamblea de los hijos de Israel: “El diez de este mes cada uno procurará un animal para su familia, uno por casa. Si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con el vecino más próximo a su casa, hasta completar el número de personas; y cada uno comerá su parte hasta terminarlo. Será un animal sin defecto, macho, de un año; lo escogeréis entre los corderos o los cabritos. Lo guardaréis hasta el día catorce del mes y toda la asamblea de los hijos de Israel lo matará al atardecer”. Tomaréis la sangre y rociaréis las dos jambas y el dintel de la casa donde lo comáis. Esa noche comeréis la carne, asada a fuego, y comeréis panes sin fermentar y hierbas amargas. Y lo comeréis así: la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano; y os lo comeréis a toda prisa, porque es la Pascua, el Paso del Señor. Yo pasaré esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde los hombres hasta los ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo, el Señor. La sangre será vuestra señal en las casas donde habitáis. Cuando yo vea la sangre, pasaré de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora, cuando yo hiera a la tierra de Egipto. Este será un día memorable para vosotros; en él celebraréis fiesta en honor del Señor. De generación en generación, como ley perpetua lo festejaréis».

Salmo

Salmo 115, 12-13. 15-16. 17-18 R/. El cáliz de la bendición es comunión de la sangre de Cristo

¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor. R/. Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles. Señor, yo soy tu siervo, hijo de tu esclava: rompiste mis cadenas. R/. Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando el nombre del Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 11, 23-26

Hermanos: Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía». Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 13, 1-15

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando; ya el diablo había suscitado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo; y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro, y este le dice: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?». Jesús le replicó: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro le dice: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Simón Pedro le dice: «Señor, no solo los pies, sino también

las manos y la cabeza». Jesús le dice: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios». Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis».

Pautas para la homilía

El paso a la libertad

El relato del libro del Éxodo nos pone en situación en este día. Y es que en la primera lectura de este Jueves Santo se nos narra toda una *liturgia* a realizar como memorial de la salida de Egipto. Una comida familiar, unos alimentos concretos y unos gestos cargados de simbolismo nos presentan la espiritualidad de la pascua judía.

El relato nos muestra cómo se actualiza la liberación. Enmarcado dentro de un recuerdo exige compromiso y fe en Ese que libera, y rechazo a regresar a la seguridad que lleva al desprecio de la libertad. Una libertad que deja atrás la esclavitud y la muerte cuyo culmen -de la libertad- está en Jesucristo.

Eucaristía: horizonte histórico y futuro

La segunda lectura de este día nos expone la primera mención cronológica del Nuevo Testamento, sobre la tradición de la institución de la Eucaristía. Una tradición que nos remonta al propio Jesús. Y es que el Apóstol es el primero que pone por escrito el testimonio que nos remite a las palabras y gestos realizados por Jesús en la *Última Cena*.

El pan y el vino consagrados recuerdan y hacen presente de una forma actualizada, toda la vida de Jesús. Una vida entregada a los más pobres y necesitados; a los marginados y pecadores que termina con la muerte en el leño de la cruz y la resurrección. Pero también este acto litúrgico, tal como Pablo lo ha recibido y trasmite, es un compromiso de futuro en espera de la salvación total y definitiva, cuando Jesucristo vuelva.

Este relato de la carta a los Corintios es todo un canto a la Eucaristía. En la eucaristía participamos de la vida que ahora goza Jesús y que nosotros esperamos gozar un día. Ello nos mueve a buscar más de esa vida, a trabajar para conseguir la plenitud de lo que ahora tenemos limitadamente y en promesa. La eucaristía no apaga nuestra sed de Dios, sino que la enciende aún más. Cuanto más vemos de lo que esperamos, cuanto más conseguimos acercarnos, más crecen nuestras ganas y deseo de alcanzar la meta.

Nuestros sentidos y nuestra razón no logran comprender del todo este Misterio. Pero basta, para afirmar la presencia del resucitado en el pan y el vino, si hay un corazón sincero, la sola fe. Fe que es vida nueva, vida por el amor y en el amor.

Al servicio de los demás, sin condiciones

El Evangelio de la liturgia de hoy omite por completo la institución de la Eucaristía y pone el gesto del lavatorio de los pies. El autor de este texto nos quiere hacer ver que la pasión de Jesús no es otra cosa que un servicio de amor hasta el extremo: hasta el extremo de dar la vida por los demás.

El gesto de lavar los pies es desconcertante ya que pertenecía a los esclavos y, por ello, dentro del contexto en el que se encontraban Jesús y sus discípulos, se salía de toda lógica y sentido. Pero para nosotros es todo un gesto profético, que resume y anticipa todo lo que será la pasión de Jesús, y por esto es narrado de una forma solemne. Y es que en el lavatorio de los pies hay mucho más que un simple *ejemplo* de humildad. Estamos ante algo mucho más profundo porque, contemplar a todo un Dios arrodillado lavando los pies, nos indica un cambio de valores como nunca más ha ocurrido en la historia. Y es que el servicio desde la humildad, puede alcanzar lo divino.

El servicio es darse, en mayor o menor grado, pero darse. Es reconocer que las cualidades y dones que poseemos no son de forma exclusiva para nosotros, sino que también, por qué no decirlo así, les “pertenecen” a los demás. Servir es entrar en comunión dos seres imperfectos que, al darse y aceptarse, se compenetran y se enriquecen. Porque todos sin excepción tenemos algo que dar, y todos sin excepción podemos recibir algo de los otros.

El servicio que nos muestra Jesús lavando los pies es saber ceder privilegios cuya finalidad sea el lucro y renunciar a vidas exquisitas. Pero también nos muestra el saber aceptar las responsabilidades, hablar más de deberes que de derechos, trabajar con honradez y aportar a los demás algo nuestro aunque ello conlleve renuncias. El lavatorio de los pies nos enseña a no ser ambiciosos ni interesados y a no danzar en torno a las idolatrías actuales. Si asumimos el servicio desde una actitud desinteresada y sin condiciones, y nos ponemos a *lavar los pies*, estaremos dando la mayor bofetada que se puede dar a tantos esclavos del poder y la ambición. No olvidemos que Jesús también se arrodilló ante Judas, para lavarle los pies.

Toda la liturgia de este día, es más, todo lo que significa este día, nos debería llevar a contemplar que si Dios no puso condiciones a la hora de ponerse de rodillas ante el ser humano para lavarle los pies... ¿las vamos a poner nosotros?



Fr. Ángel Luis Fariña Pérez O.P.
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

Evangelio para niños

Jueves Santo - 29 de marzo de 2018



El lavatorio de los pies

Juan 13, 1-15

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando (ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara) y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro y éste le dijo: - Señor, ¿lavarme los pies tú a mí? Jesús le replicó: - Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde. Pedro le dijo: - No me lavarás los pies jamás. Jesús le contestó: Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo. Simón Pedro le dijo: - Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: - Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos. (Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: " No todos estáis limpios"). Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: - ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis

Explicación

Es un día estupendo para recordar con agradecimiento el gesto que Jesús realizó con sus amigos, durante la cena última que compartió con ellos. ¿Lo recordáis? Se puso una toalla a la cintura, cogió una palangana con agua y les lavó los pies uno a uno. Al terminar les comentó que lo que había hecho con ellos, debían hacerlo unos con otros, siendo siempre serviciales.